

## Carácter nacional y lengua según Wilhelm von Humboldt\*

(The national character and language according to  
Wilhelm von Humboldt)

Menze, Clemens (†)

Frau Dr. Sigrun Menze – Paul-Gerhardt-Strasse 8.  
D-53332 Bornheim/Walberberg

BIBLID [0212-7016 (2003), 48: 1; 33-49]

---

*Wilhelm von Humboldt percibe una interrelación entre "nación" y "lenguaje" y que el hombre es inherentemente un ser lingüístico y social. El lenguaje como tal sólo existe en la realidad histórica de las lenguas. Consecuentemente W. v. Humboldt señala que, a la hora de estudiar las diversas comunidades humanas, es imprescindible estudiar sus lenguas.*

*Palabras Clave: Humboldt. Carácter. Nación. Lengua. Antropología. Sociedad.*

*Wilhelm von Humboldtek erlazioa hautematen du "nazioaren" eta "mintzairaren" artean, eta gizakia berez izaki linguistiko eta soziala dela ulertzen du. Mintzaira, mintzaira gisa, hizkuntzen errealtate historikoan bakarrik bizi da. Ondorioz, W. v. Humboldtek adierazten du ezen, giza komunitate desberdinak arakatzeko orduan, ezinbestekoa gertatzen dela haien hizkuntzak aztertzea.*

*Giltza-Hitzak: Humboldt. Izaera. Nazioa. Hizkuntza. Antropologia. Gizartea.*

*Wilhelm von Humboldt perçoit une interrelation entre "nation" et "langage" et que l'homme est, de façon inhérente, un être linguistique et social. Le Langage comme tel n'existe que dans la réalité historique des langues. Par conséquent, W. V. Humboldt signale que, au moment d'étudier les diverses communautés humaines, il est indispensable d'étudier leurs langues.*

*Mots Clés: Humboldt. Caractère. Nation. Langue. Anthropologie. Société.*

---

\* Artículo traducido por Pello Zabaleta.

Desde finales del siglo XVIII la nación se convierte en objeto de debates políticos acalorados. El punto de vista tradicional Kant lo había resumido así en su antropología: “Se llama nación aquel grupo o una parte de él, que se reconoce unido como totalidad civil por medio de su origen común”<sup>1</sup>. La nación recibe otra categoría a causa de la Revolución Francesa y se convertirá en una palabra programa aprovechada rápidamente, y que se extenderá por toda Europa. También en las investigaciones de Humboldt sobre estado, antropología comparativa, política, historia, lengua, la nación recibe un significado importante. La define, por una parte, como miembro intermedio entre tribu e individuo; por otra, intenta fijarlo en su carácter propio; porque, para él, no es solamente la totalidad civil unida, sino que tiene que destacarse como centro autodeterminado de acción. En este contexto, la lengua recibe un significado cada vez más grande. Las siguientes explicaciones tratan de clarificar este significado en su valor central para el carácter nacional. Se distribuye en cuatro partes: 1) El camino de Humboldt desde la antropología comparativa a la lengua; 2) Hablar, comprender, responder, la vida social como elemento último de la lengua; 3) Lengua nacional y carácter nacional; 4) Lengua y nación.

## 1.

Cuando el joven Wilhelm von Humboldt en agosto de 1789 vivió en París los inicios de la Revolución Francesa, observó cómo apareció un nuevo poder que negaba al estado absolutista el derecho a distinguir entre el bienestar y el dolor de los subordinados y que se reserva para sí mismo el obrar según su propia voluntad. El portador de ese poder es la nación, que, a pesar de la crítica de Humboldt a los excesos de la revolución, marcará duraderamente su pensamiento. Para él la nación no es, en modo alguno, un objeto mudo y sin voluntad, sobre el que el estado puede disponer según su libre arbitrio, sino aquel sujeto que toma en sus manos sus asuntos. Por eso quiere Humboldt, con el fundamento de una constitución, limitar el poder del estado a la seguridad de la nación en relación a los enemigos interiores y exteriores, para que así la nación pueda examinar en libertad sus fines y pueda tomar las medidas necesarias para llevarlas a cabo. Por nación entiende, en esta época, una unión libre de individuos, que, en la medida de lo posible, tiene que preocuparse unánimemente de la salvaguarda de sus intereses originarios. Sin duda, le es familiar el concepto tradicional de nación, que ve su distintivo en el origen común<sup>2</sup>. Pero no basta ya la constatación de esta característica. Humboldt quiere comprender, en su eventual peculiaridad, el “carácter” que marca a los indivi-

---

1. KANT: “Anthropologie in pragmatischer Hinsicht abgefaßt”. In: *Immanuel Kants Werke*, editor: W. E. Cassirer. Vol. VIII 2004.

2. VI p. 187 (Todas las citas, mientras no se indique expresamente otra cosa, hacen referencia a la edición Wilhelm von Humboldts *Gesammelte Schriften*, hrsg. v. der Preussischen Akademie der Wissenschaften. Hrsg. Albert Leitzmann u.a., Berlín 1903-1936. Se citan según volumen y número de página).

duos y a las naciones particulares, el que determina y dirige sus actos. Por ello desarrolla, en analogía a la anatomía comparativa de Goethe, la proyección de una nueva ciencia, el “Plan para una antropología comparativa”, que no se pregunta –como la filosófica– sobre la naturaleza inmutable del hombre, sino que tiene por finalidad la individualidad propia de las naciones y de los individuos. Su función es la de “juzgar su valor, calcular su desarrollo posterior, y considerar la posibilidad de cómo es capaz de colaborar con el otro como un todo”<sup>3</sup>. Tiene que hallar pues tanto el carácter nacional como también el individual, que aparece en las diversas constelaciones de las fuerzas constitutivas del hombre. No faltan puntos de apoyo para eso. La misma vida, en su plenitud inacabable, se manifiesta en una diversidad de características y peculiaridades, así en la constitución del cuerpo, sexo, fisiognomía, gesticulación, mímica, costumbres, modos de hablar, representaciones sexuales, cartas, literaturas, incluso en el modo de vestirse, a la que habrá que recurrir para la comprensión del carácter, para poder cerciorarse de la peculiaridad nacional e individual; porque cada hombre, según Humboldt, porta “en último término consigo claramente su nación, su época, su individuo”<sup>4</sup>. Para poder aproximarse al carácter propio, hay que comprender los modos de obrar “de una materia empírica en modo especulativo, de un objeto histórico filosóficamente, la verdadera naturaleza del hombre respecto de su posible desarrollo”<sup>5</sup>. La unión de las características heterogéneas en un panorama, en una “figura”, la debe hacer la imaginación, de tal modo que los caracteres “aparezcan más límpidos, más propios, finos y diversos”<sup>6</sup>.

Es evidente que la pretensión de representar los caracteres individuales y nacionales en su peculiaridad propia, es difícil incluso desde una metodología tan compleja, en caso incluso de que se pueda llevar a cabo. Por eso, Humboldt resalta que “quien aquí se pone manos a la obra, se va a sentir abandonado, precisamente donde más necesitaría un guía”<sup>7</sup>. Por eso no puede penetrar en un modo que garantice minuciosidad y exactitud, por medio de un inventario de todo el conjunto de características, peculiaridades, formas de actuación, hasta el carácter que lo determina. En último término aparece vago y casi arbitrario en su meollo central. Así no logra, a pesar de nuevos intentos para llevarlo a cabo en su época parisina (1797-1801), determinar el carácter nacional francés<sup>8</sup>. El concede que “Yo había examinado demasiado ligeramente el secreto insondable del carácter”,

---

3. I, p. 383.

4. I, p. 384.

5. I, p. 390.

6. I, p. 385.

7. I, p. 394.

8. Cfr. mi artículo: Schauspielkunst und vergleichende Anthropologie. Zu Wilhelm von Humboldts Untersuchungen über den Nationalcharakter. In: Gottfrid Biewer/Petra Reinhartz (edit.): Pädagogik des Ästhetischen. Bad Heilbrunn 1997, pp. 66-83.

pero añade al mismo tiempo: “Yo tengo ahora nuevos y mejores planes para ello”<sup>9</sup>. Por eso tiene que abandonar el intento de representar el carácter nacional francés en toda su plenitud y resuelto en sí mismo. Quizá lo que había hecho mal era, se dice en 1835 considerando estos antiguos intentos, “que el carácter de nación lo he buscado demasiado en el sentimiento interno del ánimo, cuando se manifiesta mucho más vivo y “evidente en la realidad”<sup>10</sup>. Ese carácter buscado tiene que aparecer, pues, verdaderamente de un modo inconfundible en un medio plástico, y tiene que ser algo que siempre “puede llevarse a cabo como uno y siempre el mismo de diversas maneras”<sup>11</sup>.

Esta exigencia la cumple especialmente la lengua; pues ella posee el arte de, “cuando parece que reproduce lo conocido, ofrecer algo diferente en la validez de la expresión que ha cambiado imperceptiblemente y atar lo nuevo siempre a lo que ha entrado profundamente en la naturaleza”<sup>12</sup>. Por ello, ya al término de su estancia en París, se fortalece en él el pensamiento de escribir “un tratado sobre el carácter nacional y la diferencia de lenguas y su influjo”, en el que no quiere “razonar, sino proceder de la vida y volver siempre de nuevo a la vida”<sup>13</sup>. Todavía antes de su partida a Roma en el otoño de 1802, escribe a Schiller, que está trabajando “muy seriamente” en el estudio de idiomas, que “siempre relaciona con la filosofía y la etnología”<sup>14</sup>. Porque de todas las manifestaciones “en las que se puede reconocer el espíritu y el carácter, es también la lengua la única apropiada para mostrar ambos en sus procesos y pliegues más secretos”<sup>15</sup>. La lengua permite, con más seguridad que las demás manifestaciones, como la historia, costumbres, usos, hechos, reconocer el carácter de una nación<sup>16</sup>. En la peculiaridad de su sintaxis quedará patente la particularidad de la nación, y de esa evidencia puede lograrse “atar el estudio comparativo de lenguas en

---

9. Briefe von Wilhelm von Humboldt an Friedrich Heinrich Jacobi. Hrsg. u. erläutert von A. Leitzmann. Halle a. d. S. 1892, p. 73 (Carta de 26 de octubre de 1798).

10. VII, p. 186.

11. II, p. 325. Cfr. también la carta de Humboldt a Goethe de principios de abril de 1798. “Antes de quedar satisfecho con mi concepto de carácter nacional, tengo que buscar algo que coincida tanto con la sensualidad tradicional como con las degeneraciones erróneas y con las energías más logradas, algo común, que yo reconozca como tal enseguida en todas las partes de la condición y actividad humanas; algo, en último término, que se compadece con el modo del carácter individual, pero modifica a cada uno de tal manera que así todos reciben una semejanza común”. (Goethes Briefwechsel mit Wilhelm und Alexander von Humboldt. Hrsg. v. Ludwig Geiger. Berlin 1909, p. 50 ss. (En adelante se cita Geiger).

12. VI, p. 218.

13. Geiger, p. 140 (carta del 6 de diciembre de 1800).

14. Briefwechsel zwischen Friedrich Schiller und Wilhelm von Humboldt. Hrsg. v. Siegfried Seidel, Vol. 2. Berlin 1962, p. 221 (Carta del 18 de mayo de 1802); en adelante se cita Seidel.

15. VII, p. 43.

16. Cfr. VII, p. 171.



Johann Wolfgang von Goethe.

su punto de referencia último y más alto”<sup>17</sup>, es decir reconocer naciones e individuos no solo en su diferencia, sino también en lo que son en sí mismos. Por eso los amplios estudios sobre el idioma de Humboldt no son más que una continuación consecuente para comprender el camino emprendido con el “Plan de una antropología comparativa”, para hacer claridad sobre el carácter de nación y de individuo.

No se hace ninguna ilusión respecto de las dificultades inherentes a ello. “Quién ha pensado alguna vez seriamente sobre el carácter nacional”, se dice en 1809 en su toma de posición ‘Sobre el proyecto de una nueva constitución para los judíos’,

“sabrán cuán poco sirve en su enjuiciamiento esta experiencia, a la que se suele invocar, y cuán rara unión de sentido verdaderamente filosófico y don de observación rápido y fino hace falta; cómo casi en la misma medida disminuye con la grandeza de estas capacidades la seguridad del convencimiento, y cómo por fin los resultados serán tales, que un hombre prudente pocas veces determinará, sólo por ello, la manera de obrar, pero uno concienzudo hará depender de ello el otorgamiento o la negación de derechos”<sup>18</sup>.

Este cuidado necesario le da ocasión de constatar:

“Quien quiera determinar el carácter de una lengua, pronto se dará cuenta de que, si tiene intención de decir algo general, le quedará indeterminado, y si quiere ir a lo particular, las mejoras imágenes le van a escapar, como una nube, que cubre la cumbre de una montaña, desde lejos muestra una imagen firme, pero que se deshace en la niebla, tan pronto se entra en ella”<sup>19</sup>.

Serán precisas por ello consideraciones que vienen de lejos, que deben evitar una doble dificultad, como escribe Humboldt a Goethe en 1812, “ape-

---

17. VII, p. 43 Para este punto también Herder en su “Ideen zur Geschichte der Philosophie der Menschheit” (Johann Gottfried Herder: Sämtliche Werke. Hrsg. v. Bernhard Suphan. Vol. 13, p. 363 ss): “El intento más hermoso sobre la historia y múltiple característica de la inteligencia y corazón humanos sería... una comparación filosófica de los idiomas; porque en cada uno de ellos está marcada la inteligencia de un pueblo y su carácter... el genio de un pueblo (se manifiesta) en ninguna parte mejor que en la fisonomía del habla. ¿Por qué no puedo nombrar ninguna obra, que colme en alguna medida el deseo de Bacon, Leibnitz, Sulzer y otros de una fisonomía general de los pueblos por medio de su idioma?”.

18. XII, p. 101.

19. III, p. 166 ss.

garse a palabras áridas, o perderse quiméricamente en ideas apriorísticas”<sup>20</sup>. Está absolutamente convencido de:

“que todo este estudio debe colocarse en su verdadero lugar, y si yo estuviera en disposición de ello, daría mi atención por ello por terminada y conseguida. Pues una vez determinada la verdadera dirección, lo demás viene por sí mismo. Hay que mirar absolutamente la lengua como una parte del género humano y como el medio más importante en la economía de la naturaleza intelectual para llevarlo a su destino, y por ello entran las características principales de todas las investigaciones sobre el carácter nacional y sobre la repartición del género humano en tribus y naciones totalmente en estas investigaciones, que, en efecto, hay que conducir con mucha finura, si no se quiere atribuir falsamente a una causa, lo que de por sí pertenece a muchas”<sup>21</sup>.

Así pues, hay una vía directa que conduce de la antropología comparativa de Humboldt a una filosofía del lenguaje concebida antropologicamente, que debe aclarar también el fenómeno de nación y nacionalidad (el carácter nacional).

## 2.

La consideración de Humboldt sobre la lengua, dejando de lado algunas menciones excasas, como la carta a Schiller de septiembre de 1800, comienza especialmente desde su viaje al País Vasco en la primavera de 1801. Aquí encuentra una nación concreta, todavía no recubierta, sobre todo en las regiones rurales, por influjos extraños, autóctona, que en sus costumbres y usos (precisamente también en su idioma, incomparable respecto de otros idiomas corrientes), un objeto que le impulsa a nuevos estudios para sus investigaciones. Aquí se le habilita por primera vez el sentido “para la relación interna entre el carácter de un pueblo, su idioma y su tierra”<sup>22</sup>. De la comprensión de este idioma que se retrotrae a pasados impensables, y condenado, según su opinión, a desaparecer, espera obtener aclaraciones esenciales sobre el carácter de la nación vasca<sup>23</sup>. La lengua es para él el fenómeno clave para poder responder a las preguntas suscitadas por la antropología comparativa. Las amplias investigaciones de Humboldt sobre la lengua y sobre las lenguas no podemos exponerlas aquí. En tres décadas de actividad abarcan gran abundancia de lenguas, a menudo, sobre todo en las dos primeras décadas, interrumpida por sus misiones y quehaceres diplomáticos y políticos en favor de Prusia, su patria. Junto a la investigación de

---

20. Geiger p. 224 (Carta de Humboldt a Goethe del 7 de septiembre de 1812).

21. Id. p. 225.

22. VI, p. 138.

23. Cfr. a este respecto la publicación de J. Iñaki Zabaleta-Gorrotxategi que contempla por primera vez todos los aspectos del vascuence: *Wilhelm von Humboldts Forschungen über die baskische Nation und Sprache und ihre Bedeutung für seine Anthropologie*. Dis. Köln 1998. Cfr. para el inicio de sus estudios vascos también VI, p. 137 ss.

estas lenguas arrancan desde el inicio de sus estudios intentos que siempre se intercalan, para dominar la naturaleza y esencia de la lengua. En estos trabajos concibe la lengua como un fenómeno, que hay que examinar desde tres puntos de vista: primero, como manifestación de este hombre, segundo como prueba de su pertenencia a una determinada nación, por último como peculiaridad esencial que pertenece al hombre en tanto que hombre, “sin tener en cuenta la multiplicidad y peculiaridad individual”<sup>24</sup>. Respecto de esta amplísima multiplicidad las siguientes exposiciones se limitan a algunos conceptos fundamentales de la relación entre lengua y nación.

En un primer intento define Humboldt la lengua “como la primera escala necesaria, desde la que las naciones están en situación de seguir cualquier dirección humana más alta”<sup>25</sup>. Está en una relación indisoluble e íntima con la fuerza del espíritu. Eso significa que no existe ninguna secuencia en el tiempo entre fuerza del espíritu y lengua o al revés. En un y mismo acto brota la lengua desde el interior de la nación, y alcanza “al mismo tiempo la cosa misma” es decir “algo diferente y más alto”, que inmediatamente reacciona sobre ella<sup>26</sup>. Fuerza del espíritu como fuerza de la lengua es, por ello, para Humboldt el “principio verdaderamente creador en el proceso del desarrollo oculto y al mismo tiempo misterioso de la humanidad, en el que la lengua en unión con la nación crea “solamente formas que se comprometen mutuamente”<sup>27</sup>. No existe ninguna vía que se pueda probar analíticamente, que va de la lengua al objeto. Por tanto vale: “La lengua es también la manifestación externa del espíritu de los pueblos: su lengua es su espíritu y su espíritu es su lengua, no se puede pensar a ambos más que como idénticos. Cómo en verdad se unen en una y misma fuente impenetrable, es para nosotros un misterio indescifrable”<sup>28</sup>. La hipótesis innegable es, por tanto, la fuerza puesta por Humboldt como el verdadero a priori energético, aquella tomada de Leibniz de “force primitive”, de la que surge todo cuanto es<sup>29</sup>. “Sin la fuerza real para poner la individualidad concreta en la cumbre de la explicación de todas las situaciones humanas”, constata Humboldt, con definiciones que suenan parecido, en sus obras, “se pierde en ideas huera y vacías”<sup>30</sup>. La fuerza como origen de toda producción puede aparecer al hombre sólo como un empeño del espíritu en una determinada dirección. Se manifiesta en una multitud infinita de fuerzas individuales. Todo cuanto existe no es, por tanto, cada vez más que “la revelación distinta de la fuerza del

---

24. VII, p. 633.

25. VII, p. 41.

26. Cfr. VII, p. 42.

27. VII, p. 42 ss.

28. id.

29. Cfr. para esto mi libro: *Wilhelm von Humboldts Lehre und Bild vom Menschen*. Ratingen 1965, p. 96 ss., p. 321 ss.

30. VI, p. 126.

espíritu”<sup>31</sup>. Su fin es la naturaleza en sí misma, libre de todo obstáculo, llegada a la consciencia de sí misma, perfeccionándose a sí misma. Naciones e individuos son, en tanto en cuanto revelaciones, manifestaciones del espíritu en su espontaneidad inexplicable. La lengua no es, por tanto, ninguna objetivación del espíritu junto a una multitud de otras, no es ninguna producción conservada en bronce o piedra. Aparece, al contrario, como “un aliento de la humanidad de tiempos oscuros, desconocidos”<sup>32</sup>, como la “respiración”<sup>33</sup> creadora de vida, como aquella manifestación del espíritu que vive y existe<sup>34</sup> “sólo en la nacionalidad”, y como “vida espiritual nacional convertida en cuerpo”<sup>35</sup>. Remite a la relación recíproca entre pensamiento y expresión, en que, para Humboldt, “consiste mayormente el secreto del pensamiento humano”<sup>36</sup>. Hay que entender, por tanto, la lengua como “el verdadero y primer pensar”<sup>37</sup>, como “algo estable y pasajero en cada momento”, por consiguiente no como obra existente (ergon), sino como una actividad (energeia), que no es otra cosa que “el trabajo del espíritu que se repite eternamente, para convertir el sonido articulado en expresión del pensamiento”<sup>38</sup>. Por tanto ningún conocimiento vuelve a traer o pasa más allá de la lengua. “Aún cuando investiguemos exactamente las situaciones preparatorias”, explica Humboldt, “se encuentra entre la última y la manifestación siempre el abismo que separa el algo de la nada; y lo mismo ocurre con el momento del acabar. Todo comprender del hombre se encuentra en el medio de los dos”<sup>39</sup>. El hombre individual crea por tanto el lenguaje no a capricho, sino que brota “mucho más activamente”<sup>40</sup> de la naturaleza humana. Consideraciones sobre ello no pueden ser explicaciones. El origen del lenguaje permanece para Humboldt insondable.

En un pasaje famoso explica Humboldt estas explicaciones de la siguiente manera:

“La actividad subjetiva forma en el pensamiento un objeto. Pues ninguna especie de representación puede ser considerada como simple mirar perceptor de un objeto ya existente. La actividad de los sentidos tiene que unirse sintéticamente con la acción interna del espíritu, y de esta unión se separa la xxxxx, se convierte, respecto de la fuerza subjetiva, en objeto y vuelve, como tal percibida nueva-

---

31. VII, p. 14.

32. VI, p. 220.

33. III, p. 116.

34. VI, p. 189.

35. Cfr. V, p. 6.

36. Cfr. V, p. 8 ss.

37. VII, p. 46.

38. Id.

39. VII, p. 39.

40. VII, p. 38.



mente, a aquél. Para esto el lenguaje es indispensable. Pues cuando en él el esfuerzo espiritual se abre camino a través de los labios, vuelve su producto al oído propio. La representación pues será transferida en verdadera objetividad, sin por ello suprimirla a la subjetividad. Esto lo puede hacer solo el lenguaje; y sin esta transferencia (donde concurre el lenguaje) que se adelanta en silencio en la objetividad que vuelve de nuevo al sujeto es imposible la formación del concepto, y por consiguiente, todo verdadero pensar. Por tanto, sin fijarse en la comunicación entre hombre y hombre, el hablar es una condición necesaria del pensar del individuo en soledad cerrada<sup>41</sup>.

Estas frases lacónicas nombran las operaciones necesarias que tienen que darse para la producción del lenguaje, cuando el pensar y el hablar se unen entre sí. Explican por qué el lenguaje no se desarrolla por la prestación de ayuda mutua del hombre o por consideraciones semejantes, sino brotando de la representación concebida idiomáticamente con la acción interna del espíritu, se tiene que contraponer a la fuerza subjetiva como objeto y volver de nuevo al sujeto. La formación del lenguaje es, por tanto, un procedimiento que sintetiza un hombre y un mundo. Humboldt no desconoce, “cuán infinitamente difícilmente se puede separar, hasta en los esfuerzos más profundos del pensar puro, lo subjetivo de lo objetivo”<sup>42</sup>. El lenguaje crea, en contraposición del sujeto y del objeto concentrado en el sujeto, una “fantasía”, un “pseudoobjeto”<sup>43</sup>, que reproduce, en efecto, estados de ánimo, pero que como simple reflejo del hablante no representa ninguna referencia al mundo. La simple separación del yo como sujeto y la objetivación proveniente de él y contrapuesta a él permanece pues insuficiente. Para convertir una representación, provocada y confundida con el sujeto, en verdadera representación y para captarla en un concepto claro, se tiene que contraponer el lenguaje del otro al sujeto; porque corresponde al verdadero lenguaje “el estar dirigido a un ser exterior, que lo entienda”<sup>44</sup>. El hombre descubre, en efecto, que “existen hombres que tienen las mismas necesidades internas” y que por tanto es capaz de “encontrarse el deseo múltiple que yace en sus sentimientos”<sup>45</sup>. En efecto el hombre particular se encuentra de frente con su lengua; pero no queda satisfecho sin percibir un eco en su soledad. El sentimiento de individualidad que yace en él busca a otro hombre. El otro sujeto será “llamado, por decirlo así, ... a completar en su entendimiento lo que le falta armónicamente con lo dado”<sup>46</sup>. Porque pertenece a la esencia del hombre el reconocerse a sí mismo en otro. Por eso será trasladada toda la individualidad del hablante “al otro”, no para suprimir la suya propia, sino para crear con el extraño y con el suyo propio un objeto nuevo y fructífero”<sup>47</sup>;

41. VII, p. 55.

42. V, p. 9.

43. Cfr. V, p. 381.

44. VII, p. 36.

45. VII, p. 316 s.

46. VII, p. 180 y Seidel II, p. 208.

47. VII, p. 179.

Humboldt añade lo que ha borrado de nuevo: “como todo en el lenguaje al mismo tiempo es independencia e interacción, siempre basándose en la contraposición del Yo y del Tú de la del tratamiento y de la respuesta”<sup>48</sup>. El lenguaje es una creación siempre nueva del momento, no un objeto que está ahí, que, como una planta muerta, se puede dividir en sus partes y recomponer de nuevo. Un modo de ver así fallaría en su meollo y se convertiría en superfluo, cuando la reproducción que se sigue hasta lo infinito tuviera un término. El lenguaje por tanto tiene que conducir más allá del yo, para que así el hombre pueda dirigirse al hombre y pueda encontrar en verdad lo verdadero. Por consiguiente existe en el lenguaje un dualismo que no se puede pasar por alto, sin el cual el concepto no obtiene su certeza. Por eso se define como un intento que hay que hacer siempre de nuevo para llevar “a la claridad y a la certeza su pensar en el pensamiento común con otros”<sup>49</sup>. Solo así puede el hombre ser verdaderamente consciente de sí mismo. Un yo sin tú es, tanto ante su sensación como también ante su lenguaje, un absurdo<sup>50</sup>. En consecuencia también la palabra pronunciada con su percepción de la cosa es “no una copia del objeto en sí, sino de la imagen creada por ella en el alma”<sup>51</sup>. Pues a cada observación objetiva necesariamente “le va añadida la subjetividad, se puede observar, independientemente del lenguaje, cada individualidad humana como un punto de vista propio de la cosmovisión”<sup>52</sup>. El hombre que es para sí “no hubiera tenido la ocurrencia de hablar”<sup>53</sup>; porque la disposición para la lengua depende “inseparablemente de la sociabilidad”<sup>54</sup>. “Una comunidad entre los hombres, del tipo de los castores, sin palabra”, argumenta Humboldt, “es absolutamente un concepto contradictorio”<sup>55</sup>. Por eso solo entonces logra el hablar con la respuesta del otro verdadera objetividad y consigue así con el oyente y el que responde su elemento constitutivo. El lenguaje, por eso, según Humboldt, pertenece “necesariamente a dos”<sup>56</sup>. Es el producto de la interacción simultánea. El hablante tiene que descubrir su pensamiento en verdad fuera de sí. Pero eso es solamente posible en otro ser que se presenta igual a él mismo<sup>57</sup>. Así el pensar y el hablar del hombre se une indisolublemente con la vida social. La respuesta del otro convierte la “fantasía” en un verdadero objeto, que se contrapone al sujeto. El hombre necesita, por tanto, de un tú que corresponda al yo, para que la palabra subjetiva se convierta en objeto en el

---

48. Id. nota 47.

49. VII, p. 20.

50. Cfr. III, p. 355.

51. VII, p. 59 ss.

52. VII, p. 60.

53. VII, p. 596.

54. Id.

55. Id.

56. VI, p. 180.

57. Cfr. V, p. 380 ss.

oyente y en el que reponde. Hablar es, pues, siempre hablar unos con otros, un diálogo alternativo, en el que se pueden sobrepasar los límites de la subjetividad. El sujeto, que en el lenguaje se constituye como individuo social, no puede salir del mundo concebido y transmitido necesariamente oralmente. Solo así puede presentar, describir, manifestar algo. Humboldt no conoce, pues, ningún simple “ser-para-sí-mismo”, ni el “yo pienso” de la pura conciencia, sino como un ser hablante se remite el hombre de sí mismo al otro. Por consiguiente, el lenguaje es el puente hacia sí mismo y hacia el mundo y se puede desarrollar solamente en la vida social. La vida social es, pues, un concepto fundamental de la antropología de Humboldt, en el que el yo, como sujeto, no solamente se diferencia de todo lo demás, sino que se contrapone a ello. Sin vida social sería imposible el acto más simple de pensamiento.

Pues que el lenguaje constituye el ser hombre del hombre, exige el comprender como un hablar invertido, porque solo recibe en el individuo su determinación concreta. Por eso existen diferencias entre los hablantes y los que entienden. Esto da ocasión a Humboldt para constatar: “Ninguno piensa en la palabra precisa y exactamente lo que el otro, y siempre tiembla una muy pequeña diferencia, como un círculo en el agua, a través de todo el lenguaje. Todo entender es, por tanto, siempre al mismo tiempo un no-entender, todas las coincidencias en pensamientos y sentimientos son al mismo tiempo un apartarse”<sup>58</sup>. En este no-entender radica también el aliciente de intentar entenderse mutuamente siempre mejor. De ahí surge un diálogo duradero, un “diálogo alternativo”, en el que Humboldt reconoce “precisamente el punto central del lenguaje, cuya esencia siempre se puede pensar al mismo tiempo como sonido y contrasonido, como tratamiento y respuesta, que en su origen, como en su transformación, escucha no a uno sino a todos, está en la profundidad solitaria de cada uno, y sólo surge en la vida social”<sup>59</sup>. La diferencia existente entre los individuos sobresale claramente en la reflexión sobre cada cosa particular. La manifestación no puede ser entendida con la misma precisión que intentó el hablante. Existe una distancia insuperable, en que la misma repetición literal cada vez será comprendida de forma diferente. Cada hombre habla su propio lenguaje. El más o el menos en la matización de la expresión, en la comprensión del sentido pretendido no se puede comprender si en la anulación de todos los desvíos individuales se produjera una concordancia al parecer perfecta en el diálogo. Porque en la retroactividad de lo hablado y de lo entendido hay un momento de libertad, que se sustrae a todas las disposiciones definitivas y descubre una verdad inamovible “como la fortaleza sin límites”<sup>60</sup>. De ahí resulta la máxima de Humboldt, la de reclamar el reconocimiento del otro, lo cual es

58. VII, p. 64 ss.

59. IV, p. 435.

60. Cfr. V, p. 381; cfr. Respecto de la verdad también VII 113, que “se encuentra sólo en la absoluta unidad de lo pensado juntos y en el comienzo simultáneo y en la coincidencia simbólica de la representación interna con el sonido exterior, que ella cubre la oscuridad que no se puede iluminar bajo manifestación figurada”.

más que una simple tolerancia: “Es ley general que la razón prescribe inexorablemente a toda comunidad de hombres entre sí: respetar mutuamente su moralidad y su cultura, no actuar desventajosamente sobre ellos, pero, en dondequiera que ocurra, purificarlos y elevarlos”<sup>61</sup>. Así se manifiesta la vida social, no reducible por su propia naturaleza a una simple necesidad y al mismo tiempo insondable, como momento que mueve a la nación en su ir y venir y que no se puede liberar de la palabra. Cada salida sobre el propio lenguaje exige la entrada en otro con otra tradición y cultura históricas, que no quita el no-entender, al contrario aumenta la singularidad.

### 3.

Estas consideraciones muestran cómo se encuentra el particular al mismo tiempo necesariamente en la relación mayor de la nación. Es en “relación con la nación, sólomente un individuo en el modo en que una hoja con respecto al árbol”<sup>62</sup>. Como el árbol necesita de la hoja, lo mismo necesita la hoja del árbol. Existe, pues, una dependencia mutua. Si se comportara de otra forma, no habría ninguna posibilidad de entendimiento. Así se evidencia el lenguaje del individuo como un elemento de la lengua nacional, que es al mismo tiempo una creación del individuo y de la nación. Abarca “las dos propiedades contrapuestas: repartirse como una lengua en la misma nación en muchos y unirse como estos muchos en contra de la lengua de otras naciones... como una lengua”<sup>63</sup>. Cada una proyecta su propia perspectiva sobre el mundo, en el que se manifiesta la peculiaridad individual y nacional. El lenguaje en cuanto lenguaje del individuo está influído por la edad, oficio, situación social, no en último término por la religión. Sus matices, que llegan al infinito, los estructura la lengua nacional, que tiene su propia disposición, en la que se mezclan contemplación, imaginación, entendimiento, razón, ideas prácticas y que encuentran en cada una su propia expresión. Por eso fracasaron los intentos contemporáneos de definir la nación por la raza<sup>64</sup> o por el color de la piel, que abrieron puertas y ventanas a la arbitrariedad. Hombres de diferentes razas pueden pertenecer perfectamente a una nación. Constitución corporal, rasgos faciales o color no permiten la pertenencia a una nación determinada. En efecto, “se basan en una igualdad total de raza, incluso de especie (Species)”<sup>65</sup>. Las diferencias esenciales no residen en la calidad física, sino en la naturaleza espiritual del hombre. El que se basa en diferencias ocasionales, se orienta hacia determinaciones arbitrarias de fines, como por ejemplo el comercio de negros<sup>66</sup>

---

61. I, p. 380 ss.

62. III, p. 352.

63. VII, p. 169.

64. VI, p. 196 ss., cfr. VI, 199.

65. VI, p. 200 d.

66. VI, p. 196, cfr.

muy extendido en tiempos de Humboldt o en el “orgullo del color”, que le parece “ridículo”<sup>67</sup>. Humboldt critica con ello una discusión admitida en el siglo XVIII ilustrado, en la que, entre otros, habían tomado parte Schläözer, Meiners, Blumenbach, que estaban convencidos de que en la raza, en el color de la piel, en la forma del cráneo, en la fisionomía se podían encontrar datos inequívocos sobre el carácter y la inteligencia. Incluso sus primeros intentos para diferenciar entre nación y pueblo, los dejó sin valor posteriormente. No permitían ya, está convencido, una “limitación tan nítida”<sup>68</sup>. Ve un desarrollo en el que la humanización progresiva suplanta cada vez más a lo étnico<sup>69</sup>.

Humboldt entiende la nación como una parte de la humanidad, “sobre la que actúan diversas causas en sí tan iguales y determinadas por otros, que así se forman formas peculiares de pensar, de sentir y de actuar”<sup>70</sup>. Estas formas de manifestación aparecen como literatura, arte, filosofía, pero primero y antes que nada como lengua. Por eso son posibles diferentes naciones sobre un territorio estatal, como en España los vascos y catalanes; en Francia junto a los vascos, los bretones, aquitanos; en Austria, que en tiempos de Humboldt era muy claramente un estado de muchos pueblos con diferentes idiomas, los checos, los húngaros, los serbios, los eslovenos, etc. Eso demuestra que una nación se caracteriza especialmente por su lengua y, por consiguiente, es posible una conclusión a posteriori sobre el carácter nacional e individual; porque en la lengua está el fundamento de toda nacionalidad, que hace consciente de la diferencia nacional. Eso explica también que entre individuo y nación no pueda existir una transmisión institucionalizada suplementaria, que prepare la entrada en la sociedad civil. Por eso, tampoco reconoce Humboldt ningún lenguaje familiar. Sin duda, pueden seguir floreciendo dos naciones diferentes<sup>71</sup>; pero solo aparecen las diferencias entre las lenguas nacionales, a través de las cuales cada nación recibe su carácter firme, que se puede reconocer mejor en la lengua que en los usos, costumbres y hechos<sup>72</sup>. Por eso se pueden entender las diferentes lenguas nacionales como objetivaciones evidentes, que realzan claramente las diferencias que existen entre ellos según la diferente expresión de su forma. No existe lengua que no tenga unidad de forma, que manifiesta su carácter. La forma, especialmente la forma interior, es en el uso del idioma ambigua y llega

67. Id.

68. Cfr. VI, p. 187.

69. Respecto de esta diferencia cfr. XV 44. Cfr. también la carta de Humboldt a Friedrich Heinrich Jacobi l.c. p. 63 ss. Carta del 26 de octubre de 1798) y también la carta a Christian Karl Josias von Bunsen in Albert Leitzmann: Briefe von Wilhelm von Humboldts (Abhandlungen der Deutschen Akademie der Wissenschaften zu Berlin. Philosophisch-historische Klasse, año 1948, n.º. 3. Berlín, p. 18 ss. (Carta del 22 de noviembre de 1833).

70. VI, p. 188.

71. VII, p. 194; cfr. También VI p. 194 ss.

72. VII, p. 171.

mucho más allá que la formación de la palabra, forma gramatical, construcción de la oración, frase<sup>73</sup>. Nombran los principios de creación y recreación de la lengua, la comunicación de objetos, dan a la sintaxis color y carácter, figuran las lenguas particulares cada una a su modo y actúan hasta en el sonido articulado<sup>74</sup>. En su modo se puede vislumbrar el camino que sigue la nación con su lengua. “Lo más general de la forma son: las relaciones y referencias para nombrar y construir oraciones de conceptos generales”<sup>75</sup>. No descarta “nada fáctico e individual”, ni incluso lo más individual<sup>76</sup>. Así, cada identidad individual y nacional tiene su propia fisionomía, que no se puede abarcar claramente, en analogía con la formación del rostro humano, ni por medio de la medida ni por medio de la descripción, y que aparece en cada lengua de forma diferente en la participación proporcional de los conceptos y de las construcciones. Depende, pues, del carácter y de la totalidad de una nación el modo como se manifiesta. La una muestra más bien claridad e imaginación, la otra más una tendencia a ideas abstractas o al uso práctico. Así ve Humboldt en la lengua griega una tendencia que brota de su desarrollo mental rápido y agudo. En comparación con otras, es más movida, más elegante, más graciosa, más hermosa. La romana, al contrario, es más de hombre, más seria, de menos fantasía, subraya lo individual, no conoce la rica fecundidad mental. En la alemana ve Humboldt una claridad sensual muy poco marcada, pero una concentración más fuerte en el sentimiento<sup>77</sup>.

En el sánscrito, al que Humboldt se refiere siempre en sus investigaciones bajo los más diversos aspectos, hay una multitud de palabras religioso-filosóficas, y “en eso quizá ningún otro idioma se pueda comparar con él”<sup>78</sup>. Eso permite inferir un sentido de abstracción de esta nación, que salta a la vista en el modo de vida, en la poesía, en la literatura, en la filosofía y no en último término en la religión y prueba “que en el interior la dirección hacia las primeras causas y última finalidad de la existencia humana, en el exterior la clase social a la que éste, en último término, se dedicaba, es decir a meditar y a aspirar a la divinidad y el sacerdocio, eran los rasgos preponderantes y que marcaban la nacionalidad”<sup>79</sup>. Como hallazgo adyacente queda evidente para Humboldt “la meditación que amenzaba a menudo con ir a la nada, incluso la meditación que se esfuerza verdaderamente en ir a ese

---

73. VII, p. 49.

74. Respecto al concepto de forma, cfr. H. Steinthal: Die sprachphilosophischen Werke. Hrsg. U. Erklärt. Berlin 1882, p. 256 ss.

75. VII, p. 51.

76. VI, p. 49.

77. VII, p. 91.

78. Id. Cfr. para ello también mi artículo: Der indische Altertum in der Sicht Wilhelm von Humboldts und Hegels. In: Annemarie Gethmann - Siefert und Otto Pöggeler (editores): Welt und Wirkung von Hegels Ästhetik. Hegel-Studien. Suplemento 27. Berlin 1986, pp. 245-295.

79. VII, p. 92.

objetivo y la ilusión de poder superar los límites de la humanidad por medio de ejercicios aventurados”<sup>80</sup>. Se refiere al “Yoga”, que Humboldt traduce por “profundización”<sup>81</sup>. La palabra individual unida de forma inseparable con el concepto no es una denominación arbitraria, puesta con un cálculo caprichoso, “no es el equivalente del objeto que recuerda los sentidos, sino la comprensión del mismo por medio de la creación de la lengua y momentos concretos del encuentro de la palabra”<sup>82</sup>. De ahí se sigue una multitud de expresiones para el mismo objeto, que no son verdaderos sinónimos, porque nombran el mismo objeto cada vez bajo una nueva perspectiva y diferencian gradualmente de él así sus modos de pensar diferentes. En la palabra están inseparablemente unidas entre sí la lengua y la vida. Por tanto no se puede usar como una etiqueta que siempre permanece igual, sino que va cambiando en sus recreaciones eventuales. Esto vale no sólo para la designación de objetos corporales. Así, en sánscrito el elefante se llama: “ya el que bebe dos veces, ya el que tiene dos dientes, ya el provisto de una mano”<sup>83</sup>. Del mismo modo procede con la indicación de la palabra caballo. Todos, sin duda, se refieren al mismo animal; pero cada uno relaciona con esa palabra otra representación, de modo que surge una multitud de otras expresiones, que describen las particularidades específicas del nombrado. Todavía es más evidente cuando se refiere a conceptos no sensibles. Así se refleja en la palabra Psyché, cuyo uso investiga Humboldt en el segundo libro de la Odisea junto a otros conceptos parecidos<sup>84</sup>, que significa tanto la esencia distinta del cuerpo, espíritu, como la zona de lo vivo, la vida, principio respirante, hálito, sentimiento, sensibilidad. En cada uno de estos conceptos se alude a algo que no se puede diferenciar más por medio de palabras. Por eso, las palabras particulares no pueden ser verdaderos sinónimos<sup>85</sup>. La individualidad se aferra a la lengua. Por tanto el concepto hay que interpretarlo desde diferentes lados y abarca innumerables matices, que muchas veces no se pueden expresar en palabras. Por consiguiente no se puede entender “la cantidad de palabras” de un idioma como una “masa ahí dispuesta”<sup>86</sup>. Así pues, cada hombre forma “su propio vocabulario”<sup>87</sup>. Cada palabra pronunciada es completamente individual. Incluso cuando los hombres usan las mismas palabras, no quieren decir lo mismo. Su lengua coincide en la peculiaridad nacional, pero no en la personal. Eso se manifiesta muy claramente en la poesía y en la filosofía, cuyas “manifestaciones al mismo hombre interior” impresionan y por tanto actúan “más fuerte y más

80. Id.

81. V, p. 221.

82. VII, p. 89.

83. Id.

84. Cfr. el manuscrito de Humboldt no publicado hasta ahora: Ueber die Bezeichnung unsinnlicher Begriffe im Homer. 2. Beilage zum 2. Buch”. cfr. también VII p. 89 ss.

85. VII, p. 101.

86. VI, p. 183.

87. VII, p. 93.

instructivamente sobre la lengua unida a ellas”<sup>88</sup>. Por consiguiente, toda traducción no puede ser más que una aproximación, que no puede igualar lo dicho primigeniamente, porque los modos de representación de individuos y naciones como individuos de orden superior no coinciden. Pues que las palabras de diferentes idiomas no cubren el mismo campo en sus contenidos, no pueden ser abarcados pertinentemente por ninguna definición; porque la comprensión del mundo se agarra a su validez.

La peculiaridad nacional y personal aparece no solo en la formación de la palabra y del concepto. Eso se muestra especialmente en la construcción de la oración, donde, según Humboldt, se manifiesta como quien dice la presión de la naturaleza intelectual. Su forma sintáctica está marcada por medio de la individualidad y nacionalidad del hablante y escribiente. Por eso, para Humboldt, las gramáticas, sistemas de sonidos, nombres, pronombres no son neurales, sino expresión de aquella peculiaridad en el idioma, “la cual” entrelaza “todas aquellas partes, determinándose de más cerca a sí mismas”<sup>89</sup>. En último término, es determinante la perspectiva total de un idioma que surge de sus peculiaridades, que muestra el carácter nacional en el “juntos y al mismo tiempo” de las manifestaciones individuales y nacionales. Esta impresión total abarca desde palabras, conceptos, formas gramaticales, sistemas de flexiones hasta los sonidos en sus cambios, las quebraduras de las palabras en sus elementos y sutilidades gramaticales, cuyas visiones del mundo diferentes abarca el carácter nacional.

Los caracteres nacionales inconfundibles muestran las múltiples formas que aparecen en cada sistema de construcción de la lengua, y que no pueden incluirse según ventajas y desventajas en una escala ordenada. Sus elementos constitutivos son las peculiaridades. El explicar esto en particular es, según Humboldt, quehacer de la lingüística comparada, que investiga los múltiples idiomas nacionales. Proporciona una visión en la eficacia de toda la humanidad que se determina por medio de la lengua y se convertirá en el meollo de una antropología todavía por desarrollar, que une indisolublemente lengua, historia, etnología y filosofía entre sí.

#### 4.

Resumiendo, se puede determinar de este modo el significado de la lengua para la nación: la lengua es la manifestación elemental de vida de la nación y marca el carácter nacional, que permanece idéntica a sí misma a pesar de circunstancias y particularidades cambiantes; porque nada existe en el hombre tan profundo que no salga en la lengua. Depende de la fuerza de nuestro espíritu de revivificación, posibilita y marca el desarrollo de la naturaleza humana en el hombre, la manifestación de sentimientos, sensa-

---

88. VII, p. 97.

89. VII, p. 50.



ciones y pensamientos, libra al hombre de la sujeción al momento, le da hogar y su cultura nacional y encuentra su forma más alta en la literatura y en la filosofía. Al mismo tiempo, cada hombre es prisionero de su lengua. Incluso allá donde enmudece, no puede salir de ella. Su poder sobre ella es pequeño. No le puede salir bien un idioma extranjero en el que pueda mirar su propio espíritu. No existe ninguna metalengua, que pueda llevarla afuera o la pueda suplantar. Por eso, cada intento de prohibir un idioma es un acto bárbaro y es igual por sí a la alienación de la nación y del individuo; porque trae consigo el abandono de la identidad individual y nacional. Es y sigue siendo un derecho humano que cada uno se exprese en su idioma y pueda llevar una vida enraizada en su cultura. Ningún idioma es para Humboldt superior a otro. Toda pretensión de absolutismo conduce necesariamente al nacionalismo. Humboldt considera degradante para la humanidad y contrario a toda experiencia y reflexión “el dar una sentencia condenatoria sobre cualquier idioma, sea la más inculta y salvaje”, y añade: Nadie puede “estár más lejos que yo”<sup>90</sup> de ello. Cada nación es, a su modo, un elemento irrenplazable del género humano. La decadencia, aunque sea de una sola lengua, sería un perjuicio irreparable para la humanidad, que no se podría manifestar en la multitud de sus formas; porque en ella se manifiesta la multiplicidad del mundo, que no hay que igualar, sino impulsar. Humboldt, por tanto, no se puede dar por satisfecho con la constatación de una contingencia humanística, sino que tiene que pedir enérgicamente que todos los hombres, razas, naciones, religiones deben vivir juntos con los mismos derechos y en paz. Esta visión, animada por el espíritu de una humanidad transformadora de todo, la ha formulado Humboldt repetidas veces: “Si existe una idea”, así resume todas sus reflexiones”, que es visible a través de toda la historia con una validez siempre más amplia, si alguna prueba el perfeccionamiento muchas veces discutido, pero muchas más veces malinterpretado de todo el género, es la de la humanidad, el empeño en quitar las fronteras que los prejuicios y puntos de vista de todo tipo ponen enemistosamente entre los hombres, y para tratar toda la humanidad, sin mirar a religión, nación y color, como una tribu grande, casi hermanada para el logro de un fin, el desarrollo libre de una totalidad sostenida por una fuerza interna. Es la última y extrema finalidad de la vida social y, al mismo tiempo, la dirección del hombre puesta en él por medio de la naturaleza hacia una ampliación indeterminada de su existencia”<sup>91</sup>.

90. VII, p. 156.

91. VI, p. 38.